



LOS LEONES SORDOS

Felipe Gurruchaga

El pobre explorador, aunque agotado tras largas horas de un canto ininterrumpido, veía cómo seguían llegando hasta él cada vez nuevos leones; pero todos se sentaban mansamente a su alrededor para escuchar su armoniosa voz.

Hasta que llegó uno de ellos y... se comió al explorador.

¡Vaya, ya llegó el sordo! comentaron fastidiados los demás leones.

(Viejo y conocido chiste)

El 1 de Junio de este año de 1983 se celebró en Rentería un acto memorable: mil doscientas voces procedentes de dieciséis coros, acompañados por la banda de música del pueblo, reforzada por la de Irún y otros conjuntos, daban un grandioso concierto en la inauguración de la Musikaren Plaza.

Al ser la plaza tan grande, se tenía la sensación de que no había tanto pueblo como en los antiguos conciertos de Magdalenas, en la Alameda. Pero al terminar el acto y encaminarse todos por las calles de salida, se tomaba conciencia de la multitudinaria asistencia.

Había una fervorosa expectación para presenciar el concierto-espectáculo y me sorprendió que todo el mundo se comunicara por lo bajo: «Va a haber follón». Y hasta algunos, al parecer mejor informados, señalaban a grupos de jóvenes... ¿leones?

Tras una breve y acertada presentación del recién estrenado Alcalde y tras de los actos propios de la inauguración de la plaza, la batuta del maestro Bastida sesgó el aire de la noche y aquella formidable garganta colectiva cantó como si de un portentoso solista se tratara.

Luego, una voz imperiosa, reclamó: ¡Silencio!, ¡Más silencio!...; seguido por un ¡¡Silencio absoluto!! Se apagaron las luces... (se armará ahora pensó en un susurro una señora asustadiza).

Y así, a oscuras, cortado en seco el flujo del murmullo colectivo, brotó el sonido de la txalaparta. Como siempre: conocido y misterioso a la vez. Ahora lo hacía en un agresivo medio urbano, entre unos edificios que debían resultar antipáticos a unos sonos hechos y acostumbrados a fluir de un monte a otro sobre inmensos bosques frondosos. Esta vez el atávico sonido iba de un balcón al de enfrente, quizás sorprendido de que se le utilizase pa-

ra tan corto viaje. Sólo cerrando los ojos conseguí evocar la ancestral comunicación en su profundo significado.

Continuó el concierto y se entrelazó con la danza; y en sus momentos fuertes, como siempre, como la primera vez, consiguieron de nuevo ese estremecimiento en que se te erizan los pelillos sensibles de la espina dorsal.

Y, al fin, concluyó el acto grandioso. Y... ¿no llegó el león sordo!

Y esto me hizo meditar profundamente...

... Cuando el año pasado, en esta misma revista me refería a un tema de carácter educacional en mi artículo «Educar un pueblo, tarea de Dioses, intentaba sembrar una inquietud idealista de transformación colectiva y sugería esa meta como algo alcanzable a largo plazo.

Sin embargo, al concluir este Musikaste, descubro que la tal educación había comenzado en Rentería hacía muchas décadas. Y que esa educación no tenía por qué ser lineal en el sentido exclusivo de unas metas económicas.

¡Ahí estaba una tarea de dioses! Ante mí había un Pueblo profundamente aficionado a la música en general y al canto en particular; conseguida esa afición tras decenas de miles de horas de ensayos y transmitidas muchas de sus canciones de una generación a otra.

Y recordé de pronto a las «fieras», más bien cachorros, de los típles de D. Juan Bautista. Enjaulados en los bajos de On-Bide, aprendiendo el solfeo en tandas interminables. Los recuerdo debutando con sus kaikus y emocionando al pueblo con sus purísimas voces. Y recordé el Coro parroquial y los ochotes y los solistas y los coros espontáneos de las vísperas de fiesta y los infinitos coros familiares.

Recordé la perpetua e infantil sonrisa de Félix Lavilla y al serio Ubiria y al ceñudo Pedro Corostola, en contraste con la risa imparable de su hermano Patxi.

Recordé al hierático D. José M^a Iraola. Y oí de nuevo, puesto ya en marcha el carrusel de mis recuerdos musi-

cales, las interminables horas de los ensayos de piano en casa de Iraola y las no menos interminables de txistu, al subir las escaleras del topo a la calle de Arriba, en casa de Martín. Y me vino a la memoria aquel curita joven «que traía muchos discos». Me refiero a D. Jeshús, quien se hizo cargo del coro y en cuya casa vi el primer magnetofón (una enorme y pesada maleta que reproducía maravillosamente bien todas las voces menos la propia).

Recordé a Pedro Corostola en el local de los luises, protestando de que no le gustaban los himnos; y en el mismo local los esfuerzos de Xabier Olascoaga para enseñarnos a los no cantores el Ume eder bat, Maite y Etxe txikia; y a Antontxu, en las cenas de los teatros, cantando con su bellísima voz de solista desde «la roca fría del Calvario».. hasta «brilla espada triunfadora», sin pedir acompañamiento musical ni hacerse de rogar. Y a Dorita Alquiza, y la dulcísima voz de Iñaki Goñi, al que sólo le faltaban las alas cuando cantaba.

Luego me vine a vivir a San Sebastián. Y parece que al irme yo, que desafinaba hasta cantando el Salve Regina (es decir que desafiné casi todos los sábados de mi adolescencia) todo fue mejorando en Rentería. Y un día llegó Ansorena; y al engarzar con Antontxu y con el magnífico grupo existente, recogió con maestría la cosecha de esos miles de horas de ensayos generacionales; pero en lugar de vivir de esas rentas le cupo el inmenso mérito de perfeccionarlo todo, hasta alcanzar un conjunto tan exquisito como la Coral Andra Mari y fundar el archivo musical Eresbil sin par en el mundo vasco; y culminar todo, cada año, en el Muskaste que es una expresión musical asombrosa para un pueblo relativamente pequeño.

Y así, cuando trataba de calcular las decenas de miles de horas de ensayos, quizás centenas, que han sido necesarias para educar ese pueblo, he llegado a la conclusión de que, en verdad, ha valido la pena; pues se ha conseguido una tarea de dioses, ya que ¡al menos en Rentería no ha quedado un león sordo!

Desde San Sebastián, a todos los músicos y cantores de Rentería, con mi más profunda admiración y cariño.